

## CAPITULO XII

EL ESCORIAL.—1563-1570

PROGRESO DE LAS ARTES EN ESPAÑA.—ÚLTIMAS PREÑECES Y MUERTE DE ISABEL.—RELACIONES CON FRANCIA

## I.—Progreso de las artes en España

Felipe II comprendía vagamente los inconvenientes de su vida sedentaria, sobre todo, viendo que su villa de Madrid (1) lo rodeaba de una población creciente siempre, como quiera que en pocos años llegó de doce mil habitantes á trescientos mil. Pero sus pabellones del Prado ó de Aranjuez no eran sino incómodos sitios (2), y se decidió á construir, no lejos de Madrid, un palacio que recordara la batalla de San Quintín, ganada el día de San Lorenzo y que honrara el arte español. Con esta idea convocó arquitectos (3) y discutió largamente sus proyectos.

Las condiciones que imponía no permitían el empleo de las viejas fórmulas del arte: quería edificar á la vez un monumento triunfal, una régia residencia, un monasterio, un panteón. La primera piedra de esta solemne masa de edificios destinados á usos tan diversos, se puso el 23 de abril de 1563, y se emprendieron los trabajos por los planos de Juan Bautista de Toledo (4).

Había entonces en España dos estilos de arquitectura bien distintos: el estilo de la escuela nacional, que dejó la Giralda en Sevilla, y en Flandes el pórtico de San Amadeo; y el estilo del renacimiento italiano y francés, del que pueden tomarse como ejemplos la incompleta columnata adosada á la Alhambra y en Besanzon el palacio de Granvela. Pero todos los artistas españoles reconocían la superioridad de Juan Bautista de Toledo, como arquitecto, escultor y matemático. Complaciase el rey en revisar sus planos y en visitar con él los trabajos, desenfadándose de la etiqueta en medio de

(1) Se fijó en ella en junio de 1561.

(2) Es á lo menos la opinión del residente inglés, Ms. Rec. of. n.º 959, del 26 marzo 1562.

(3) *Ibid.* n.º 1018, del 17 abril 1562.(4) *Doc. inéd.*, tom. VII, Memorias de Fray Juan de San Jerónimo

sus picapedreros. Felipe II tuvo, al parecer, un gusto bastante seguro y amor á las obras de arte. Poseía en Madrid colecciones de «pinturas y mármoles que ha hecho poner en varias piezas que guarda bajo llave» (5). Y á pesar de los gastos del Escorial, no abandonaba ni mucho ménos los monumentos más antiguos, y dirigió reparaciones en la catedral de Toledo (6) y en la de Palencia que hizo exornar con vidrieras, estatuas, retablos y verjas de hierro forjado (7). Instaló religiosos en el Escorial tan luégo como pudo cubrirlos un techo provisional, reservándose el derecho de nombrar por sí mismo su prior (8). Confióles las reliquias de los Santos Justo y Pastor, y luégo al punto comenzaron los milagros. A las cuatro de la madrugada fué despertado el prior por dos jóvenes que le instaban á decir misa: dióse él prisa en correr al altar «porque el santo prior presintió que estos dos jóvenes no eran sino San Justo y San Pastor» (9). El papa Pio V y el rey Carlos IX enviaron otras reliquias para completar la piadosa colección: Felipe recibió y clasificó, entre otros tesoros, un brazo de San Lorenzo, «una cabeza de Santa Undelina, reina que fué de Sicilia, y martirizada con las once mil vírgenes, y otra cabeza de una de las once mil vírgenes» (10).

Para que los misales y evangelios fueran bastante ricos para los religiosos de una residencia real, se sirvió Felipe II de Fray Andrés de Leon iluminador de S. M., «el cual es tan principal en el oficio de iluminar que en toda Eu-

(5) Ms. Bibl. nac. franc. 3163, fol. 37, Saint Sulpice á Catalina.

(6) *Doc. inéd.* tom. LV, pág. 532.(7) *Ibid.*, pág. 362.(8) *Ibid.*, tom. VII, Memorias de Fray Juan.(9) *Ibid.* pág. 54. Acaso esta intervencion de San Justo haya traído la confusion hecha por no pocos historiadores. Se suele llamar San Yuste en vez de Yuste, al monasterio en que murió Carlos V, confundiendo los dos lugares de retiro. Sobre la necesidad de escribir Yuste y no San Justo, véase á Gachard, Mem. Acad. real Bélg. tom. XII, 1.º pág. 32.(10) *Ibid.* pág. 59.

ropa no se hallará otro tal. El que en nuestros tiempos tiene principal fama en Roma es don Julio, del cual se aprovechó tanto el dicho Fray Andrés de Leon contrahaciendo sus imágenes, que vino á igualar con él. Ilumina los libros de coro y hace unas historias en el evangelistero rico, escripto de mano del Padre fray Martin de Palencia, de la orden de San Benito» (1).

A la vez que sostenía el arte de la miniatura que iba á desaparecer, no descuidaba Felipe la Escuela española de pintura.

Los pintores de retratos eran Antonio Moro y Alonso Sanchez Coello. El primero, á quien se debe el admirable retrato de María Tudor, debe restituirse á la escuela flamenca, habiendo sido enviado al rey por el cardenal Granvela, que igualmente protegía á Coello (2).

Coello, que era acaso cuñado del secretario de Estado Antonio Perez, fué el que recibió más encargos para la decoracion del Escorial. A fines de 1571 habia acabado los retratos de Carlos V, de Felipe II, de Don Carlos, de Don Juan de Austria; los del duque de Alba, de Don García de Toledo y del comendador mayor de Castilla; los de los ministros Espinosa, Ruy Gomez, y Mateo Vazquez (3); continuó en los años siguientes esta gran galería de personajes del reinado hasta hacer cuarenta y cuatro retratos. No pudo, sin embargo, enriquecerse con este trabajo, como quiera que no recibía más que quince ducados por cada retrato tomado del natural y doce por las copias, y solicitó simultanear su cargo de pintor con las funciones igualmente pacíficas de conservador de las armas del rey (4); lo que no impidió que muriera pobre, y tan pobre, que sus hijas Doña María y Doña Antonia hubieron de solicitar socorros de los fondos de limosnas reales (5).

Las demás pinturas del Escorial se encargaron á los dos hermanos Carduchos, á quienes llamó de Florencia el rey, á otro florentino, llamado Patricio Caxes, y á los tres grupos de pintores españoles que formaban las escuelas de Valencia, Concentaina y Sevilla. El maestro comun era un discípulo del Ticiano, Vicente Juanes padre, más conocido por el nombre de Juan de Juanes, bien que se llamara en realidad Macip. Perteneía á una antigua familia

(1) *Doc. inéd.*, tom. VII, *Mem. de Fray Juan.*(2) *Ibid.*, tom. LV, pág. 450.(3) *Ibid.*, pág. 445.

(4) La armería real de Madrid conserva diez armaduras de Felipe II; una de ellas pesa 69 kilogramos.

(5) *Ibid.*, tom. LV, pág. 453. Fué en 1628. Acaso esta familia fuera arrastrada en la desgracia de Antonio Perez.

de Valencia y pintó el retablo de la iglesia de Bocairente. Murió en 1579, dejando por discípulos á su hijo que firmaba como él, *Vicente Juanes*, á Llorente de Bocairente y la mayoría de los pintores de Valencia y Concentaina. Pueden citarse de la escuela de Valencia á los pintores Armengual, Corseto, Carbonell, Cerdá y el escultor Esteve; de la escuela de Concentaina los pintores Borrás, Domenech, Espinosa y el escultor Cambra (6). Estas dos escuelas se fusionaban en el estudio de Ribalta (7), que pintó para Felipe II el *Extasis de San Francisco*, y contó entre sus principales discípulos, en el reinado siguiente, á su hijo, Juan Ribalta (8), y á Ribera (9).

La escuela de Sevilla, la de los grandes maestros españoles, comienza bajo el reinado de Felipe II. Juan de las Roelas (10) pinta para el rey su *Moisés hiriendo la roca* y su *Muerte de San Isidoro*; Fernandez Navarrete (11), llamado el Mudo, le da la *Flagelacion* del Museo de Madrid, y la *Natividad* del Escorial; y Morales (12) la *Circuncision* y el *Ecce-homo*; mientras Luis Fernandez forma en Sevilla discípulos que se llaman Herrera el Viejo (13) y Pacheco (14) el maestro de Velazquez (15). Velazquez pertenece á los reinados siguientes lo mismo que Zurbarán (16), Alonso Cano (17) y Murillo (18); pero la escuela de Madrid y aquella maravillosa eflorescencia de grandes pintores se deben á la iniciativa de Felipe II, á sus encargos hechos con gusto, á sus adquisiciones de cuadros extranjeros de que gustaba rodearse.

Hacia rebuscar en Italia y en los Países-Bajos los objetos de arte que podían enriquecer sus colecciones; pero se veía obligado, por la penuria de sus arcas, á emplear para el pago manejos no siempre loables.

Habiendo sabido que un convento de Sicilia poseía uno de los más bellos cuadros de Rafael, el que figura hoy en el Museo de Madrid, lo hizo sustraer. Este cuadro se llama aún el *Pasmo de Sicilia*. Era tan famoso y atraía tantos

(6) Véase sobre el detalle de sus obras las piezas publicadas *Doc. inéd.*, tom. LV, pág. 209.

(7) Nació en Valencia en 1551.

(8) Nació en Valencia en 1579.

(9) Nació en 1588.

(10) Nació en Sevilla en 1558. Le ayudó su hermano Pablo, que nació en Sevilla también en 1560.

(11) Nació en Logroño en 1520.

(12) Nació en 1509, murió en 1586.

(13) Nació en Sevilla en 1576.

(14) Nació en Sevilla en 1571.

(15) Nació en Sevilla en 1599.

(16) Nació en 1598.

(17) Nació en Granada en 1601.

(18) Nació en 1618.

peregrinos al convento, que los religiosos tomaron su nombre y se llamaban *Frailes de Santa María del Spasmo de Palermo* (1). Fueron indemnizados, sin gravámen para el fisco, recibiendo cuatro mil ducados sobre las rentas de la inmediata Abadía de Maxione; la Abadía que había favorecido la sustracción recibió además la promesa de quinientos ducados de pension sobre el primer beneficio vacante.



Cámara de Felipe II en el Escorial

en el camino, y llegó aquí con sus libros y sin una blanca; yo le hice llamar y dije que me los vendiese á mí, que son cuarenta libros entre originales antiguos y copiados, buenos; y así él fué forzado á tratar conmigo porque no tenía un real ni hallaba modo de habello. Pidióme eua-trocientos escudos: me los dió por ciento y quince. Yo creo que él no hizo en su vida más mal empleo ni yo mejor» (2). Habiéndole tomado gusto á la proeza, Arias Montano imaginó otro procedimiento, y fué «enviar disimuladamente á los libreros comarcanos de los monasterios para que comprasen todo lo que pudiesen de libros originales en pergamino; y así me han traído buena suma dellos en tan buen precio que si yo comprara tres dellos de las mismas abadías me costaran más» (3). Felipe tuvo

(1) *Doc. inéd.* tom. LV, pág. 344 á 355.

(2) *Ibid.*, tom. XLI, pág. 137, Arias Montano al rey, 9 nov. 1568.

(3) *Ibid.* pág. 176.

Las mismas habilidades empleaba para procurarse á buena cuenta libros preciosos. El sabio Arias Montano, á quien Felipe había encargado los rebuscara en los Países Bajos, gustaba de referirle estos gratiosos pasos: «Un mercader griego pasaba por aquí con unos libros que llevaba á la reina de Inglaterra con esperanza de tornar con gran premio, y sucedióle que los soldados enemigos lo despojaron

así los manuscritos de Froissart y Monstrelet. Tuvo el mérito de saber animar al mismo tiempo el arte de la imprenta, y empleó al mismo Arias Montano para vigilar en casa del célebre Plantin de Amberes la publicación á su costa de una Biblia «con las mejores formas de letra que se pudiesen haber y el mejor papel que se pudiese hallar» (4).

Para completar la apreciación de las aptitudes artísticas de Felipe II puede añadirse que gustaba de oír las composiciones de música religiosa debidas á su organista Antonio Cabezon. Estas composiciones se ejecutan todavía en las catedrales de Toledo y de Leon.

#### II.—Últimas preñeces y muerte de Isabel

Felipe II sólo dejaba á la reina para ir á vigilar las obras del Escorial ó participar de las austeridades del retiro con la comunidad que

(4) *Doc. inéd.* tom. XLI, pág. 131.

allí había instalado. Terminados sus ejercicios religiosos de Navidad y de vuelta en Madrid el 9 de enero de 1566, supo que su esposa estaba en cinta (1). El 9 de octubre siguiente dió á luz á su segunda hija la infanta Catalina (2) y al parecer recobró pronto la salud. Sin embargo, desde aquella época cae en un estado de abatimiento cuyos síntomas son frecuentes sín-copes y desórdenes particulares que hacen suponer un nuevo embarazo. Los informes íntimos durante los últimos meses de su vida, no permiten ninguna duda sobre las circunstancias de la muerte: sólo ellos pueden justificar á Felipe II de la acusación hecha contra él por su secretario de Estado y cómplice en algunos asesinatos, Antonio Perez.

Segun la acusación de éste, Felipe II había hecho traer veneno á la reina y como ella vacilaba en tomarlo, él mismo tomó el vaso y se lo hizo tragar, habiendo abortado á las cuatro horas un niño «que tenía el cráneo de la cabeza abrasado y murió poco despues.» Desde luégo cundieron estos rumores, y hasta llegaron á oídos de Carlos IX, el cual fingía á veces creerlos. Para rechazarlos sin vacilación no hay sino acercarse á la cama de la enferma y escuchar los pormenores dados por los que la observaron: así lo exige la justicia histórica.

Un mes despues del parto se la supone en cinta otra vez, á contar del «10 ó 12 de noviembre:» se le hinchan los brazos, y el 19 de enero siguiente (3), el mismo día del encierro de Don Carlos, declara que el feto «no ha cesado de dar saltos y removerse en su seno.» El fiel Fourquevaux es quien da estos informes á Catalina de Médicis (4); pero anuncia muy luégo que se han engañado; la reina no está en cinta, ha tenido el 18 de junio un desvanecimiento que le duró una hora larga (5), seguido el delirio de otros muchos, «los cuales vienen con una tristeza que la obliga á llorar sin saber por qué» (6). Vuélvese á creer en un embarazo cuyo principio de cuenta se fija exactamente en el 6 de mayo. El pulso se detenía con frecuencia, se hacía anhelosa la respiración; ó la cabeza se entumecía (7). Tenía fuertes dolores

(1) Fourquevaux, fol. 1000.

(2) Ms. Rec. of. n.º 1816. Man to Cecil, 11 oct. 1567.

(3) En 1568. En la correspondencia de Fourquevaux se suprimen las confidencias demasiado íntimas.

(4) Fourquevaux, fols. 1176 á 1177.

(5) *Ibid.* fol. 1386.

(6) *Ibid.* fol. 1396.

(7) Los informes que da el ministro Zayas al duque de Alba están conformes con los de Fourquevaux. *Doc. inéd.* tomo LI, pág. 133, carta del 3 de octubre de 1568. «Le venían unos desmayos temerosos

de riñones, la orina cargada de arenas, vómitos, cámaras amarillas y negras, fiebre continua, sín-copes que solían durar hasta hora y media (8). Su madre suplicaba de nuevo que se la dejara andar al aire libre (9); pero cuando llegó de Francia esta carta, la jóven reina había ya muerto. La última crisis había determinado un aborto el 2 de octubre, y dos horas despues



Isabel de Valois, tercera mujer de Felipe II  
(De una miniatura de Felipe de Liaño)

«abrió sus claros y lucientes ojos, y me pareció que me encomendaban algo aún, porque estaban convertidos á mí,» dice el embajador de Francia.

Moria con los ojos fijos en Francia, despues de un año de agonía. Sus médicos (10) «le habían aplicado en abundancia diversos remedios dañosos.» Los verdaderos asesinos de la reina, despues de la etiqueta, fueron los médicos. El embajador Nobili escribía á Cosme de Médicis: «Me parece oportuno hacerós saber cómo los médicos han asesinado propiamente á la reina aplicándole multitud de ventosas á la cabeza y sacándole sangre de los piés» (11). Esta fatigosa

tales que unas veces le faltaban los pulsos, otras la acudia una dificultad de resuello hasta venir en peligro de ahogarse, otras unos entumecimientos en la cabeza... Salían en la urina muchas arenas rojas... con algunas cámaras leonadas y negras...»

(8) Fourquevaux, fol. 1452.

(9) Ms. Arch. nac. K. 1510, del 18 oct. 1568.

(10) Ms. Bibl. nac. 10752, fol. 770.

(11) Carta del 8 de oct. 1568, publicada por Gachard. «Mi pare

insistencia sobre la extraordinaria incapacidad de los médicos españoles no deja de ser útil, viniendo á probar que el progreso de las ciencias era imposible bajo la autoridad de Felipe II: la ciencia era un enemigo, el sabio un sospechoso. Los jóvenes que acudian á oír á los maestros extranjeros á la escuela de Montpellier dejaban de ser los dóciles discípulos de la rutina; ensanchando sus ideas se hacían peligrosos. Peligrosos; así lo escribe al rey el embajador de España en Francia. Bien cierto, dice, esos jóvenes médicos han vivido en Montpellier como hombres de bien; pero el asunto es de los más peligrosos.—Y el virey de Cataluña recibió orden de hacerlos volver luego al punto á la casa paterna (1). El aragonés Miguel Servet, el que descubrió la circulación de la sangre, tiene que huir de España y andar errante por Padua, Lyon y París. El mismo Vesale no está á salvo de sospechas ni á buen recaudo de seguridad, con ser el médico de Felipe II, y es condenado á expiar su ciencia, teniendo que ir á Tierra Santa en peregrinación de penitencia. No llegó allá, sin embargo, pues hubo de perecer en un naufragio. Así, cuando el pueblo decía en sus refranes, —«Médicos de Valencia, luengas haldas y poca ciencia,»— no inculpaba el genio español, sino el régimen de Felipe II. El rey permite la poesía, la pintura, la música; la ciencia no: esto estaba prohibido y aun excomulgado.

Sufriendo en la muerte de los seres que podía amar las consecuencias de su sistema, Felipe II no parecía sensible á los pesares profundos: así, al día siguiente de la muerte de Isabel escribía al duque de Alba con toda esta frialdad (2): «Habiendo abortado una niña de cuatro ó cinco meses, hora y media ántes que falleciese, que rescibió agua del Sancto Baptismo, y se fué al cielo juntamente con su madre.» Nosotros no podemos separarnos con tanta calma de aquella delicada hija de los Valois, alejada de las fiestas de la infancia y encerrada entre los muros del viejo palacio de Madrid. Una especie de fatalidad pesa sobre todas las princesas de Francia, casadas con reyes españoles, así como aquella otra Isabel, hija de Enrique IV, muerta ántes de los treinta

proposito che V. E. sappia come li medici espressamente hanno amazzata la regina, avendole dato la matina medesima e applicato infinite coppette per la vista, e cavato sangue per li piedi.»

(1) Ms. Arch. nac. K. 1502, pieza 67, del 18 diciemb. 1564 con nota del rey.

(2) *Doc. inéd.* tom. LI, pág. 132, el rey al duque de Alba, 3 de oct. 1568.

años, despues de haber sufrido con tanta paciencia los desórdenes de su marido (3), la desdichada hija de Enriqueta de Inglaterra, María Luisa de Orleans, destinada también á muerte prematura: su linda boca no tuvo permiso para reír, ni sus lindos piés para posarse en tierra. «¡Buena cosa es reír en España!» solían decir los franceses que la acompañaban en sus carrozas siempre cerradas con cortinas de cuero: ni reír, ni pasear, ni departir... ¡Qué aburrimiento! (4).

### III.—Relaciones con Francia

Las francesas de Isabel de Valois se dispersaron á la muerte de su señora: unas volvieron á Francia (5); otras permanecieron en España al servicio de las dos infantas (6) y á las órdenes de la duquesa de Alba, que fué investida de una autoridad casi absoluta sobre las damas de palacio; «y todas comían á su mesa como monjas con su superiora» (7).

Catalina de Médicis no se deja abatir por el pesar y se da una prisa que denota muy poco sentimiento en querer reanudar vínculos con Felipe. Propone al recién viudo su otra hija Margarita, lo que prueba á lo ménos que no daba ningun crédito á los rumores de envenenamiento de la mayor. «Me parece, le dice (8), que las cosas se encaminan de buena manera, despues de tan sensible desgracia: yo os ruego que empleéis los mejores medios en esto y tan hábilmente que no se conozca que nada viene por nuestra recomendación, como quiera que las mujeres han de ser pedidas por los hombres y no irse á ofrecer ellas.» Se trata pues simplemente de «negociar esto bajo mano con servidores como el cardenal ó confesor;» y promete cumplir las promesas que para seducirlos se hicieron en su nombre. «Tirad de largo, porque he oído decir que toman de buena voluntad.»

A fin de granjearse las buenas disposiciones del rey mismo, afirma que envía al mariscal de Cossé con tres mil hombres para secundar al duque de Alba en los Países Bajos (9), promesa que se guarda bien de cumplir.

Pero había un serio obstáculo para el casa-

(3) Montpensier, *Memorias*, tomo III, pág. 480. «Murió de una enfermedad de que no mueren las mujeres cuyos maridos son prudentes.» (Goulas, *Memorias*, tom. II, pág. 57.)

(4) Cartas de Mad. de Villars á Mad. de Coulanges.

(5) Especialmente Mlles. d'Arne, de Riberac y de Saint-Leger con sus dos criadas (Fourquevaux, Ms. 10752, fol. 313).

(6) Entre otras la fiel confidenta Claudia de Vavygne. Ms. Arch. nac. K. 1529, pieza 10.

(7) Fourquevaux, Ms. 10752, fol. 56.

(8) Ms. Bibl. nac. 10752, fol. 99, Catalina á Fourquevaux, 23 de nov. 1568.

(9) *Ibid.* fol. 48.

miento de Felipe II con Margarita de Valois. Existía una intriga muy poco conocida entre esta princesa y el duque de Guisa, que era ya el ídolo de los católicos de Francia y esperaba afianzar sus derechos á la corona casándose con una hija de Enrique II. Los episodios de esta especie de novela eran harto conocidos para que la corte de España los ignorara, cuanto más que el cardenal de Lorena esperaba hacer necesario el matrimonio divulgando las imprudencias de Margarita. «Mr. de Forquevaux, escribe Catalina (1), os escribo esta carta particular para advertiros de una conversacion que he tenido con mi primo el cardenal de Lorena, habiendo ido á verlo hoy á su casa porque está malo hace quince días; cuya conversacion fué traída por él hablando de cierta especie que ha corrido entre muchas personas hace algun tiempo, del matrimonio presunto de mi hija con el duque de Guisa. Ya podeis pensar cuán de mi agrado son tales discursos sobre este punto y el placer que tengo de que se me obligue á entrar en ellos. Con todo eso, habiéndome obligado á hablar lo que me decía el dicho cardenal, he tenido á bien hacerle saber lo que tenía en el corazón y las causas que tenía para sentir que semejante rumor hubiera llegado tan léjos como á España por conocer el daño que esto haría á mi hija.»

El escándalo había sido demasiado público para que fuera posible una demanda de matrimonio por parte de Felipe II: fuera de esto acababan de nacer nuevas dificultades con Francia. Unos navegantes resueltos á vengar á Juan Ribaut y sus compañeros, exterminados en la Florida, habían ido á atacar los establecimientos españoles y hubieron de arrasarse los fuertes de la Florida exterminando á su vez á todos los españoles que allí encontraron (2). Catalina había acudido también al rey Sebastian de Portugal proponiendo á su hija Margarita; pero este príncipe criado á la portuguesa, es decir, soberbio y vano, se parece mucho al príncipe de España, falto de seso, raro, variable, y muy obstinado en sus opiniones. Sobre esto tenía horror á las mujeres y parecía igualmente impropio para el matrimonio (3).

Por otro lado Felipe II tenía motivos serios para querer conservar la alianza francesa. Nuestra segunda guerra civil estaba termina-

(1) Ms. Bibl. nac. 10752, Catalina á Fourquevaux, 10 agosto de 1570, fol. 761.

(2) Fourquevaux, Ms. 10751, fol. 1376.

(3) Véanse los detalles íntimos que refiere Fourquevaux, Ms. n.º 10752, fol. 439.

da (4), mientras España tenía en frente la rebelión de los Países Bajos y la de los moriscos de Andalucía (5). El menor esfuerzo por nuestra parte podía en tales momentos darnos la preponderancia en Europa: este deber nos estaba indicado por los mismos recelos de Felipe. Temen, escribía Fourquevaux (6), que al fin se hará una gran masa de unos y otros para asaltar alguno de los Estados de este reino.—Impeler hacia los Países Bajos á los valientes de todos los ejércitos, reconciliar á los católicos y á los hugonotes en detrimento de los enemigos de nuestra unidad nacional, asegurar la independencia de los Países Bajos era tanto más fácil cuanto que Felipe se doblegaba bajo el peso de las dificultades acumuladas por sí mismo, y el emperador hacia amago de pronunciarse en favor de los flamencos.

El emperador había enviado á Madrid á su hijo el archiduque Carlos (7), para ofrecer su mediación entre España y los descontentos de los Países Bajos: la situación era crítica, y Felipe II la dominó volviendo á los proyectos de casamiento que hacía cerca de diez años ocupaban á los embajadores y entretenían á los cortesanos. Con esto atrajo simultáneamente á sus intereses al emperador y á Catalina por una doble unión de las dos hijas del emperador, la mayor, Ana, consigo mismo, la segunda, Isabel, con Carlos IX: venía á ser una especie de liga de las tres monarquías católicas.

Menester era que la necesidad de asegurarse en el Norte la neutralidad de Maximiliano pareciera muy urgente á Felipe II para que consintiera en dejarlo ligarse con la corte de Francia, y para que al mismo tiempo contratara el cuarto matrimonio con una princesa que de tiempo atrás se había prometido á su hijo y que tenía veintitres años ménos que él. Su salud no compensaba esta diferencia de edad: los ataques de gota se hacían más frecuentes; además en el mismo mes en que esperaba la llegada de la nueva reina (8), pasando por una ciudad llamada Almagro, hubieron de aconsejarle sus médicos que bebiera agua de una fuente acre que, según dicen, tiene la virtud de curar muchos achaques: bebió en efecto de la dichosa agua y le dió luego al punto un flujo de vientre que le ha durado siempre despues, de tal manera, que se halla muy demacrado.

(4) Marzo de 1568.

(5) Que comienza en diciembre de 1568.

(6) Fourquevaux, Ms. 10751, folios 1244 y 1340 á 1357.

(7) De diciembre de 1568 á marzo de 1569.

(8) Fourquevaux, Ms. 10752, fol. 708.